

«¿Qué es?», pregunté.

Sacó una libreta y una pluma de su escritorio. «Esto. Escribe algo en esta libreta. Si quieres, puedes escribir la historia de tu vida. Todo lo que haya sucedido en ella desde el primer recuerdo, desde que tuviste conciencia de ti misma. Cualquier cosa que recuerdes hasta ahora, escríbelo. Intenta escribir un poco cada día.»

Tomé en mano la pluma y el cuaderno. En cuanto me ponía a pensar sobre qué escribir, las ideas se me escapaban. Tatush parecía preocupado: «¿Qué pasa? ¿En qué piensas?» Estaba tan absorta en mis pensamientos... «Me estoy preguntando si seré capaz o no de hacerlo.»

«Por supuesto que serás capaz», dijo, «¿por qué no? Adelante: ¡*escribel*!»

Con la pluma y el cuaderno en la mano, me fui a casa. Ese día, emborriné dos páginas. Escribía y luego leía el libro de Taslima Nasrin. Por las mañanas, cuando llegaba al trabajo, Tatush me preguntaba si había escrito algo o no, y parecía realmente dichoso cuando me escucha decir que sí. «¡Excelente!» decía. «Hazlo cada día, debes hacerlo.»

Algunos días, la lectura y la escritura me embebían tanto que cuando levantaba la vista de mis libros, todos estaban ya en su segundo sueño. A veces, se despertaban y me encontraban sumida aún en la tarea. Por la mañana siempre había alguien que me preguntaba: «¿Qué es eso que te mantiene despierta? ¿Por qué lees tanto?» Traté de quitármelos de encima: me importunaba tanta cu-

riosidad. No me sentía cómoda en mi casa y quería marcharme. Todo el tiempo deseaba encontrar un lugar mejor. Era un inconveniente grave tener que compartir un baño con otras cuatro familias. Por las mañanas había unas colas inmensas. Y no se nos permitía usarlo para defecar, teníamos que ir a los campos donde estaban los cerdos y otros animales, y eso no era fácil. Chicos y chicas, jóvenes y viejos, todos teníamos que llevar nuestras botellas de agua y salir al campo.

Tatush me había preguntado una vez si la casa donde vivía tenía servicio propio. Sugirió que yo usara el baño del segundo piso de su casa. Empecé a utilizarlo, y me duchaba allí antes de volver a casa. A veces, si volvía tarde, la casera me interrogaba sobre mi tardanza, y eso me ponía furiosa. ¡Qué le importaría a ella! Los vínculos conmigo y mis niños eran inexistentes y no tenía derecho a controlar mi vida. Pagaba el alquiler, sí, y ésa debía de ser su única preocupación. ¿Por qué estaba toda aquella gente siempre pendiente de lo que hacía o dejaba de hacer? Al fin y al cabo, rara era la vez que iba a alguna parte. Cuando llegaba a casa, terminaba mis quehaceres y me sentaba a leer y a escribir. La única excepción a mi rutina eran mis visitas a Savita, una amiga de la casa donde había trabajado antes, y alguna que otra vez llegaba un poco tarde porque venía de su casa. No era ningún crimen, ni tenía nada de particular, pero mi casera era tan cotilla y entrometida que pretendía enterarse hasta de cuando iba a comprar víveres. «¿Adónde vas cada día?», inquiría. «No deberías salir tanto.»

Me preguntaba si se comportaría de otra forma si mi marido hubiese estado conmigo. Cuando vivíamos juntos, la gente también hacía preguntas. Entonces no había diferencia, en este sentido, entre estar sola o con él. Y si ya entonces se iban de la lengua, ¿cómo podía esperar que se callaran ahora, sin marido y con tres hijos? Sí, estaba sola, en una casa alquilada, viviendo con mis hijos, muchos pensaban que era presa fácil y tuve que soportar un gran acoso. Algunos hombres ponían como excusa que querían beber agua y

forzaban la entrada a mi casa. O si iba a cualquier lugar con los niños, me seguían y trataban de obligarme a hablar con ellos. Pero en cuanto llegaba donde Tatush y conversaba con él, me olvidaba de todo esto. Tatush tenía algunos amigos en Calcuta y Delhi a los que les había hablado de mis lecturas y escritos. Se tomaron mucho interés, lo cual era un halago para mí.

Una vez que estaba en casa con los niños, apareció el hijo mayor de mi casero. Le hice pasar y lo invité a sentarse. Se apoltronó junto a la puerta. Comenzó a hablar y hablar sin parar. Su discurso me resultaba muy embarazoso y yo ni siquiera me atrevía a seguirle la corriente. Tampoco podía pedirle que se fuera, o marcharme yo. Se había sentado ante la puerta de entrada, de forma que si yo intentaba salir, tendría que forcejear con él. Entendí muy bien lo que quería, si bien traté de aparentar ignorancia. A juzgar por sus comentarios, se me hacía cristalino que si lo que quería era tranquilidad, tendría que conseguirme otra morada. Si deseaba seguir en aquella casa, debería de mantenerlo contento, y sabía lo que eso *significaba*. Tuve una tremenda sensación de resignación y desesperanza. Parecía quedar claro que, sin un hombre en casa, la gente parecía atribuirse sin permiso derechos sobre mí que no tenían. Resolví buscar un nuevo hogar al día siguiente, y una vez más, comenzó la caza.